

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 15 de setiembre de 1875.

Núm.º 17.

PERFECCION DE LA DIVINIDAD.

CARTA PRIMERA

del historiador de Galicia don Benito Vicetto, al arzobispo de Compostela don Miguel Payá y Rico.

No hay satisfaccion mayor, señores, que la de moralizar é instruir á un pueblo, librándolo de la mas dura y terrible servidumbre: la ignorancia.

Alfonso XIII de España.—Discurso suyo en la apertura del curso académico del año 1875 al 1876, en la Universidad de Madrid.

I.

Leímos, eminentísimo señor, la circular que habeis dirigido con fecha 7 del corriente, al clero de la metrópoli compostelana,—y como en ella decís: *si alguno de los extraviados (no católicos) desea instruirse en las doctrinas de la Religion ó discutir de buena fé con el único fin de ENCONTRAR LA VERDAD, se presente á los mas doctos y entendidos de los ministros del Señor, á fin de que éstos convenzan á aquellos respecto á sus creencias poco ortodoxas, etc., etc...*

Nosotros nos hallamos en ese caso precisamente. Deseamos encontrar la verdad; —y al efecto, nos dirigimos á la fuente, ó sea al más entendido de los católicos de la metrópoli compostelana. Tal para cual: para un arzobispo, un historiador. Si alto estais en la region de la iglesia, tan alto ó más estamos en la region de la luz intelectual, puesto que desde que Galicia es Galicia, no ha tenido nadie que trazara su historia (la más rica de la monarquía española) sinó nosotros. No debe, pues, desdeñarnos el Sr. Arzobispo. Un arzobispo, lo hacen los hombres; un historiador, Dios. Vamos á contender de eminencia á eminencia, socialmente hablando: su eminencia católica con la mitra arzobispal en la frente, y nosotros, humildes historiadores, con esa aureola en ella, que tanto mas brilla y brillará cuanto más se vaya ensanchando el horizonte de la sabiduría.

Entremos, pues, en debate.

II.

Dios es la perfeccion de las perfeccion-

T. II.

nes. Es tan perfecto, que no tiene *igual*, ni *mayor*. Es tan perfecto el *espíritu puro* de Dios, que no hay nada que no sea creado ó materializado, y solo él es increado é inmaterial (Tiempo y Espacio). Es tan perfecto, que ni es, ni fué, ni será *jóven* ó *anciano*, puesto que *es el Tiempo mismo*. Es tan perfecto, que ni es, ni fué, ni será *mayor* ó *menor* porque *es el Espacio mismo*. Su es ó vitalidad, no puede *ser* mas perfecta y tangible (Tiempo); y su ubicuidad, no puede ser mas perfecta y tangible (Espacio). Solo ese espíritu puro Tiempo y Espacio, es el Creador; todo lo demás es su obra, la creacion. El puede ser sin su obra; su obra no puede *ser* sin él.

Todo esto, en cuanto á su perfeccion abstracta como entidad de ser, *independiente de la creacion*, sin embargo de *ser* la creacion en su *ser*.

Considerémosle, ahora, como entidad perfectamente *espiritual*.

III.

Dios, es el *único* espíritu puro que existe, —y tan perfectamente espíritu puro, que por *lo mismo* no pudiera materializarse ó humanizarse.

Le es tan imposible materializarse al espíritu purísimo de Dios, como sería absurdísimo que lo pretendiese. En lo primero, esto es, si se materializase,—ya Dios no sería Dios, puesto que perdía su magestuosa *perfectibilidad de pureza*,—además de que el *Creador* jamás pudiera consustanciarse con la *creacion*,—pues el *Creador* y sus creaciones son refractarios: lo contrario, nos conduciría al panteísmo. En lo segundo, esto es, si pretendiese humanizarse ó materializarse,—también Dios dejaría de ser Dios, puesto que siendo perfectamente *igual* y perfectamente *presente en todas partes* como espíritu puro (Tiempo y Espacio), ¿por qué y para qué había de personalizarse ó espiritualizarse *determinadamente* en algo? creer esto último, nos conduciría al antropomorfismo, cosa condenada á todas luces, tratándose de la Divinidad, inmutable *per sé*, toda entera en donde quiera *per sé*, indivisible é intransformable *per sé*,—y en la cual (Tiempo y Espacio) *sumus, vivimus et mó-*

vemur segun la feliz definicion que dió San Pablo à los atenienses.

IV.

Ahora bien: siendo Dios tan perfecto que no puede ser *mayor* ni puede ser *menor de lo que es*, ¿cómo se quiere mistificar ó consustanciar à Dios con Jesucristo? ¿Cómo se quiere hacer de lo infinito, finito; de lo ilimitado, limitado; de lo indivisible, divisible; de lo perfecto, imperfecto; de lo inmistificable, mistificable; de lo impersonal, personal; en una palabra, de lo que es espíritu puro, espíritu impuro? ¿Cómo siendo tan incólume la esencia intrínseca de Dios, pudiera mancharse ó consustanciarse con *materia* alguna, si esto es tan imposible á su inmaculada *perfeccion* y divinidad, como suponerlo un *ser fuera* del Tiempo y del Espacio, pues esto último seria tanto como considerarlo *fuera de si mismo*? Si dais *forma* à Dios, ya Dios no es Dios porque tendrá límites, y Dios (Tiempo y Espacio) es infinito é inconsustancial con persona ó materia alguna. Por otro si,—todo lo que es susceptible de formacion, trasformacion y destruccion, de ningun modo conviene á la naturaleza inmutable de Dios, *perfectamente igual y entera* en todas partes, ó sea *en si mismo*,—espíritu puro que tiene por cráneo el universo!

V.

Y ya vé su eminencia, que en estas objeciones simplicísimas que elevamos razonadamente á su ilustracion arzobispal, lo mismo condenamos la creencia católica que la protestante, porque nuestro espíritu se remonta á mayor altura en el cielo de la verdad:—ya vé que no pertenecemos à secta alguna conocida; pues tratándose del Ser Supremo, los intereses de secta nos parecen puerilidades asquerosas; y sobre asquerosas, archicriminales, por que *explotan* horriblemente el bolsillo del prójimo.

VI.

Contéstenos, pues, su eminencia clerical, una vez que en su circular pretende dar luz à los ciegos, teológicamente hablando. Si estamos nosotros en las tinieblas, iluminenos con los rayos de su sabiduría teística. No vea solo en nosotros, una ove-

ja descarriada del redil católico. Vea la personificacion gráfica de los que meditan con fundamento respecto à la base del deísmo universal, si efectivamente nos hallamos en una época en que al hombre le es permitido meditar.

VII.

Tampoco nos considere su eminencia prelacial, como sectarios de tal ó cual escuela filosófica, porque no lo somos: medítamos por cuenta propia sobre todo lo meditado,—y nuestras deducciones deísticas son puramente *originales*, segun manifestaremos en la corriente del debate que acabamos de iniciar.

Tanto como desdeñamos ciertas creencias religiosas—tratándose de la Divinidad,—tanto desdeñamos las afirmaciones teísticas y ateísticas de Kant, Hegel, Kraus, Ahrens, Flammarion, Büchner, Tibergheim, Moleschott y otros mil autores antiguos y modernos que *duermen* en paz en nuestra librería, despues de haberlos leído y *comprendido*.

Considérenos su eminencia metropolitana tal como somos: la razon pura elevándose ténue y gradualmente desde nuestro modesto hogar, para brillar mañana en los palacios de la ciencia. Y decimos *mañana*,—porque sabido es que la sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece, por el momento, sinó los *conocimientos* de que tiene necesidad inmediata y urgente.

La misma sencillez y naturalidad con que (literariamente) abordamos la cuestion,—debe abonarnos para que conteste su eminencia clerical à nuestras dudas. No la vanidad, no la soberbia, no miserables especulaciones ponen la pluma en nuestras manos: si el amor à la verdad, si el odio à las farsas.

BENITO VICETTO.

Ferrol 21 de setiembre de 1875.

—o—

Á UNA FLOR.

Quisiera ser la brisa perfumada
que tu divino cáliz acaricia;
la gota de rocío que callaba
desciende á darte cándida delicia,
el rayo de la luna nacarada
que esmalta tu corola, tan propicia,
la luz del rubio sol, que con ternura
te baña de su espléndida hermosura.

—

Quisiera ser el límpido arroyuelo
que fertiliza el campo donde moras,
el horizonte azul, el blanco cielo
que fija tus miradas seductoras.
Quisiera ser tu amor y tu consuelo
y la alegría dulce de tus horas;
¡pero quién puede, quién, en su locura
llegar á realizar tanta ventura!

Oscuro viviré, mientras tú en calma
difundirás al viento tus olores,
y te erguirás feliz, cual jóven palma
con su sombrasa frente de verdores.
Mi loco corazon, mi ardiente alma
suspirarán por tí llenos de amores;
mas sus divinas ansias, flor querida,
no encantarán el sueño de tu vida.

Brilla, pues, sin dolor, brilla, y ufana
esparce en torno plácidos aromas,
y que te dore el sol de la mañana
cual dora el fresco prado y verdes lomas.
La música que escuches, flor lozana,
sea un amante arrullo de palomas,
y nunca se deshoje tu capullo,
ya que es de la pradera gala, orgullo.

EDUARDO DE PATO.

Ferrol, 1874.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS VILLANOS DE ALLARIZ.

VI.

Los hermandinos.

Al morir el rey de Castilla don Enrique IV el impotente, sabido es de todos como el reino quedó dividido en dos grandes bandos, en los que la infanta doña Isabel, despues Isabel I la Católica, defendía sus derechos; y el rey de Portugal defendía los de la Beltraneja, hija de su hermana y del difunto rey de Castilla, y segun otros hija de su hermana y del favorito del rey, D. Beltran de la Cueva.

Estas dos grandes parcialidades dinásticas que dividieron el alto clero y á la alta nobleza de la córte segun las influencias de la infanta de Castilla y del rey de Portugal, no tardaron en estenderse á la vez por todo el reino; de modo que el alto clero y la alta nobleza de Galicia, se vió dividida tambien, declarándose los unos por doña Isabel y los otros por la Beltraneja.

La mayor parte del clero y de la nobleza de Galicia, figuraban en la parcialidad de la infanta, — y entre los nobles que más se distinguian en sostener los derechos de la Beltraneja, apoyados por el rey de Portugal, elevaban la voz en la region Sur de la antigua Caláica, el conde de Camiña, D. Pedro Alvarez Sotomayor, (a) Pedro Madruga, y en la region Norte, el mariscal D. Pedro Pardo de Cela, como

hemos tenido ocasion de consignar en los *Hidalgos de Monforte*.

El pueblo de Galicia, que hasta entónces no habia tomado parte activa en las revoluciones dinásticas, concitado por el clero y la nobleza de ambos bandos, corrió á engrosar las filas del conde de Caminha y del mariscal Pardo de Cela, no reconociendo en el país otras autoridades.

De aquí las hermandades célebres del siglo XV; aquella convulsion popular que enrojeció de sangre las limpias aguas de nuestros rios; aquellos hermandinos que inundaron las montañas de Galicia en tendidas legiones, arrasando todos los castillos feudales y asaltando los palacios de los prelados; aquellos hermandinos. . . aquel pueblo que, respirando por un momento el aura de la libertad, despues de la presion en que lo habia tenido sofocado el despotismo clerical y noviliario, se alzaba potente y vengador, no ya clamando ¡Galicia por doña Isabel! ni ¡Galicia por doña Juana! sino ¡Deus fratresque Gallaicæ!, es decir ¡Dios y los hermanos de Galicia, Dios y nuestros derechos!

Parte, pues, de aquellas hermandades, como unos ochocientos hermandinos de las montañas de Orense fueron los que llegaban á las puertas de Allariz en la ocasion oportunísima que los habitantes de la villa, capitaneados por Alonso de Paredes, Gian Darmil, Maese Juan y Froilan Ouberal, habian protestado contra la omnipotencia irracional del feudalismo, de una manera tan elocuente como derribando el rollo y librando de su infame yugo á un labrador inocente.

La entrevista y la fusion del campo hermandino con todos los villanos (1) de Allariz se verificó en el puente, sobre el Arnoya.

Mientras tuvo lugar este acto de ruidosa alegría, pues todos parecian animados de un vértigo frenético, de un afan insaciable por abatir la tiranía feudal, los pocos nobles é hidalgos de la villa se encerraron en el castillo con la condesa doña Leonor y el merino mayor y sus soldados; abasteciéronlo de armas y de víveres, y levantaron los puentes preparándose á defenderlo hasta morir.

Hállanse aun las ruinas de este castillo señorial en el punto más culminante de Allariz, y sobre la márgen oscura y quebrada del Arnoya, al azotar los muros de la villa con las espumosas aguas que arrastra desde Almariz á Olás.

Entónces, desde la alta colina en que reposaba aquel gigante de piedra, desplegaba sus dos brazos de granito entre los que estrechaba la poblacion con un fuerte abrazo, como dice la crónica antigua que seguimos, y como puede ver aun hoy el viajero que atraviese la carretera de Zamora á Vigo.

(1) Nosotros usamos la voz de villanos derivada de villa, como ciudadanos de ciudad; no le damos otra acepcion afrentosa.

Primeramente habia una torre en el mismo sitio. Despues, á mediados del siglo XII, D. Alonso IX levantó un fuerte castillo sobre las ruinas de la torre, con objeto de honrar á la villa *non prestomeda*, *dondesólo el rey seria señoecedor*, como dice la cédula espedida en San Facundo, Sahagun, por Sancho I en 1070; castillo que en el siglo XIV pasó á los Pimenteles en condado señorial, por enlaces con los Malpicas.

El castillo feudal de Allariz era una fortaleza formidable en aquellos tiempos, estendiéndose por toda la corona de la loma y formando una elipse cuyo eje mayor, comprendiendo las murallas de barbacana, era de 300 piés y el menor de 100: —le coronaban dos macizos torreones, que se elevaban sobre el resto de la fábrica con sus almenas lanceoladas sobre botareles salientes de pié y medio.

Aquel mismo dia de la llegada de los hermandinos, ocuparon la villa en son de guerra, y la mitad se dirigió á atacar la torre de Sandiaes, en la Limia, y la otra estableció el sitio del castillo.

Las gentes que lo defendian eran veinticinco hombres de armas, y diez criados, entre ellos algunos allegadizos.

Nuestro paje Hernan se hallaba entre los amotinados. No habia regresado al castillo desde el dia anterior que saliera de él, devorado por la horrible enfermedad de los celos.

Si algun alivio hallaba á sus tormentos amorosos, era en la amistad de Alonso de Paredes, de quien se habia hecho muy querido, adhiriéndose tanto á la causa del pueblo, que nadie lanzaba más imprecaciones que él contra la tiranía y desenvollura de los nobles.

El peor enemigo que tenia la condesa era él.

El que más anhelaba ver la sangre del merino mayor, él.

¡Pobre Hernan! ó mejor dicho ¡pobre Nanreh! que tenia celos de su madre Ronoel y de su padre Oñun.

Si alguien pudiera decirle quienes eran sus verdaderos padres, la historia no registraría en sus anales la traicion que abrió á los hermandinos las puertas del castillo de Allariz.

El primer dia de sitio poco daño hicieron los hermanos de Galicia á los sitiados.

Por el contrario, muchos hermandinos mordieron el polvo al establecer el cerco.

Este ejército tumultuario estaba armado de chuzos, ballestas, hoces y lanzas.

Los del castillo tenian las mismas armas, y además unas máquinas que llamaban *Hondas-palas*, con las que arrojaban piedras redondas de una arroba de peso, que hacian gran estrago, tanto en el campo de los hermandinos como en las casas de la villa.

Los hermandinos á su vez construyeron un *trabuco* que colocaron en la torre nueva, una de las albarranas á doscientos pasos del castillo, con el cual arrojaban piedras redondas de dos quintales de peso, que no todas caian en la fortaleza.

Pasaron algunos dias de sitio, y las bajas de los sitiados eran cada vez más sensibles.

Una enorme piedra, lanzada impetuosamente por la honda-pala del castillo, derribó una mañana la choza en que estaban almorzando Gian Darmil y Froilan Omberal, hiriendo los escombros á aquellos dos caudillos de los barrios de la villa.

Alonso de Paredes estaba cerca de la catástrofe.

—¡Diablo! murmuró, esto va ya durando mucho, y los condes de Lemos y de Monterey pueden venir en auxilio de los del castillo, y aun el mismo conde de Allariz!...

El paje Hernan, que estaba á su lado, se quedó un momento pensativo al oírle, como si se penetrara de aquel sentimiento que espresaba su amigo, y cuya realizacion daria al traste con la venganza que meditaba.

En seguida se acercó á Alonso de Paredes, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—Esta noche... esta misma noche... el castillo caerá en nuestro poder.

Alonso de Paredes se quedó mirándolo con asombro.

El paje prosiguió:

—Yo iré al castillo... me presentaré como que me pude escapar de vuestras manos, que me teniais prisionero desde el derribo del rollo... me creerán... y de noche... á la media noche, vereis brillar una luz en la parte del torreón del Norte.

—¿Y esa luz, Hernan?

—Esa luz será la señal para que te precipites con tu gente á la puerta del mismo torreón, que estará abierta.

—¡Oh! exclamó Alonso de Paredes, radiante de alegría.

—Esa luz... esa luz, siguió el paje murmurando entre dientes, será el fuego que sale de mi pecho para devorar en llamas cuanto más amé ayer y cuanto más odio hoy.

Y el paje, estrechando la mano de Alonso de Paredes, se dirigió al castillo corriendo como si huiera... Alonso de Paredes y los suyos le seguian como si le persiguieran... valor entendido entre el paje y Alonso.

Los del castillo que vieron aquello, le abrieron la puerta al paje... amparándolo de sus perseguidores.

La condesa estaba enferma, tendida en un lujoso lecho en su cámara, á donde hizo comparecer al paje tan pronto supo su llegada al castillo.

Cerca de su lecho se hallaba el merino mayor, sentado en un gran sillón de terciopelo azul almoadillado.

La presencia de ambos en aquel sitio trastornó á Hernán; pero obligado á dominarse contó con hipócrita alborozo su fuga del campo hermandino.

La condesa le oía con éxtasis. Diríase que la ausencia de Hernán había sido causa de la enfermedad que la postrara, al ver como su semblante se animaba con la relación falsa que hacía el paje de los sufrimientos de que se había librado.

Al concluir Hernán, la condesa le tendió los brazos, y dijo con ternura sin límites, mirando al merino.

—¡Ay! ¡yo quiero á este paje como si fuera hijo mío!

No pudiera decir la condesa otra cosa que disgustara más al paje enamorado: el amor de madre en Leonor, le parecía un insulto; y la mirada tiernísima que lanzara hácia el merino mayor al decirlo, le destrozó el corazón.

Fatigado de aquellas emociones que concluían con su espíritu, el paje suplicó que le permitieran retirarse á descansar, pues salía de sus prisiones con mucha falta de sueño.

La condesa accedió con amor á esta súplica, encargó que lo cuidaran mucho, y Hernán se retiró á la cámara que ocupaba en el torreón del Norte, donde quedó concertando su diabólico plan de venganza.

Entretanto la honda-pala del castillo no cesaba de arrojar grandes piedras sobre el campo hermandino, y lo mismo el trabuco de los hermandinos sobre el castillo.

Tanto en una como en otra parte se vivía en una sobrescitación terrible, en una tensión que hacía desear por momentos el llegar á las manos y poderse batir cuerpo á cuerpo: por lo mismo nadie se ocupaba de nadie, y cada cual se esforzaba por distinguirse en aquella lucha.

En este estado sobrevino la noche.

Era la del 28 de noviembre de 1475, noche encapotada y lúgubre, como dice la crónica, en que el viento de los ventisqueros de Panamá parecía caer con fuerza sobre la villa como si quisiera barrer sus ódios y sus luchas. La oscuridad era densísima por todas partes, y no brillaba una luz ni en el campo hermandino ni en el castillo á causa del fuerte viento de las montañas que reinaba.

Alonso de Paredes y doscientos hombres bien escogidos y armados, dormían desde el anochecer, con orden de que los despertaran antes de media noche.

Cuando se iba aproximando esta hora y los despertaron, Alonso de Paredes formó á sus soldados

de cara al torreón del Norte del castillo, y los dejó en esta disposición.

Comunicóse en seguida con los jefes de los hermandinos, y se decidió que el trabuco no disparara una sola de sus enormes piedras en caso de alarma, porque harían daño á los que irían á sorprender el castillo; y se recomendó el más absoluto silencio en todo el campo hasta la primera señal de acometida que se daría.

Así dispuesta la acometida, Alonso de Paredes volvió á colocarse al frente de sus doscientos hombres, y desde aquel instante no desvió los ojos de la masa informe del castillo que de cuando en cuando parecía perfilarse entre las sombras, aunque confusamente.

Pero nada, ninguna luz brillaba entre las tinieblas.

Pasó una hora así, y siempre la oscuridad más profunda.

Pasó otra hora, y lo mismo.

Eran, pues, las dos de la mañana: los doscientos hombres comenzaron á murmurar, y Alonso de Paredes á dudar del paje...

Sin embargo, al poco tiempo, le pareció que una aureola rojiza sumamente indeterminada, como una de esas fosforescencias errantes de la noche, se elevaba sobre el castillo.

Esperó con más ansiedad... y vió surgir por una ventana del torreón del Norte no una luz, sino llamas, llamas de fuego, como si hubiesen reunido en una cámara bastantes ropas y materias combustibles para hacer volar los techos y el pavimento de la torre.

—¡Ahora!... murmuró Alonso de Paredes á sus soldados.

Y todos le siguieron hácia el torreón del Norte, callados y ligeros, precipitándose como una legión de fantasmas.

Las llamas eran cada vez más terribles; avivadas por el viento parecían cebarse en el viejo maderamen.

En el castillo empezaban á oírse gritos lastimeros...

Alonso de Paredes llegó á la puerta del torreón, que era muy fuerte y barreada... la empujó y la puerta cedió al impulso.

—¡Gracias á Dios! gritó con una voz de trueno. Y se precipitó á dentro hacha en mano, seguido de sus doscientos soldados...

Los hermandinos se aproximaban al mismo tiempo al castillo, lanzado sus gritos de guerra...

El castillo ardía cada vez con más horrorosa pompa... los techos retumbaban al desplomarse... las maderas estallaban entre furiosas lenguas de fuego...

Aquella luz devoradora iluminaba el horizonte con anchas ondas de colores...

Los hermandinos entonaban el himno sangriento de la victoria.

Ronoel y Oñun caían despedazados entre los escombros candentes...

Su hijo Nanreb, que los vió caer para no volverse á levantar más, lanzó una carcajada de idiota llevándose las manos al corazón con fuerza...

Luego... tornó la vista hácia los hermandinos que se veían al pié de la torre en que él se hallaba, y se arrojó de cabeza entre ellos como el que se arroja para matarse...

«Después de este incendio, dice la crónica, ya no quedaban del castillo más que las denegridas paredes: melancólico y vano simulacro del poder feudal humillado.»

BENITO VICETTO.

1861.

FRAGMENTO DE UN POÉMA.

Su esposo está en la Habana
y dicen si comercia en carne humana.
Ella pasa la vida en el rosario
en union de un teniente reaccionario
que la ayuda á ejercer su fin piadoso,
y es pariente de un primo de su esposo.
Odia el lujo y las pompas mundanales
y confía en las dichas inmortales.
Se cubre de cilicios,
rechaza los bullicios
y aunque el mundo sin trégua la critica,
ella ni se conmueve ni se pica,
pues dice que el teniente,
conoce su interior perfectamente.
Su cuarto se parece á una capilla:
un santo en cada silla,
sobre el armario vírgenes y luces,
por todas partes mártires y cruces.
La caridad cristiana es su divisa
pero no atiende á aquel que no oye misa
y aun ayer despidió á su costurera,
porque amaba á un hortera.
El esposo le envía miles duros
que evitan del teniente los apuros
y juntos todo el día,
se reparten los bienes á porfía;
que ella se apoya en las razones estas:
¡Lo que al hombre le das, á Dios lo prestas!

LUIS TABOADA.

Vigo,—1874.

GALICIA PINTORESCA.

ANTIGUA COLEGIATA DE SAR.

Este monumento, que el vulgo mira con indiferencia, que el artista copia en sus cartones, que el filósofo estudia con aquella avidéz con que el natu-

ralista se consagra al exámen de los fósiles antidiévianos, este monumento, repetimos, se alza humilde, pobre y despreciado en la hermosísima vega que se extiende por ámbas orillas del Sar, río que baña á Santiago, y de tan modestas pretensiones por el agua que lleva, como de infinita valía por las tierras que fecunda.

Tres tradiciones se disputan el origen de esta iglesia: es la una la tradicion popular; es la otra la tradicion religiosa; es la última la tradicion histórica.

El pueblo dice que ha servido de casa á aquellos frailes que nacieron guerreros á la voz de Balduino, rey de Jerusalem, y que murieron mártires bajo la autoridad de Clemente V, obispo de Roma.

El pueblo adivina que detrás de aquellas paredes medio derribadas, que detrás de aquellos relieves medio consumidos, que detrás de aquellos sepulcros medio profanados, se oculta una inmensa catástrofe; una espiacion horrible, ó una injusticia infame: la catástrofe de Molay, la catástrofe de los Templarios.

El creyente asegura que esta iglesia es el homenaje piadoso al apóstol Santiago de un obispo de Mondoñedo, que perseguido y despeñado del Pico-Sacro, monte cercano á Compostela, salió sano y salvo de una manera milagrosa.

El crítico afirma que el último obispo y primer arzobispo de Santiago, don Diego Gelmirez, fundó la iglesia colegiata de Sar. En apoyo de esta opinion presentan una página de la *Historia Compostellana. Ecclesiolan pauperrimam et parvam in litore Saris fundatam.*

Cada conciencia está autorizada á inclinarse á cualquiera de las tres versiones, porque cada conciencia tiene su crítica, y porque cada crítica tiene su certeza.

Lo cierto es que este edificio pertenece al siglo XI ó al XII.

La forma de la iglesia, por su distribucion interior y su gusto de arquitectura bizantina, es igual á otra de la misma ciudad titulada San Pedro da Fora, cuyos restos se han demolido en nuestros días, y cuyas piedras sirvieron para pavimento de las calles. Sus estribos, de proporciones sólidas, formaban alrededor un *destro* para las procesiones. Parte de su piso se empleaba en *quintana* ó cementerio.

La localidad que ocupa la antigua colegiata de Sar, que era una decania de canónigos hasta el siglo XV, corresponde al sitio donde estuvo el cuerpo del hijo del Cebedeo antes de ser enterrado por sus discípulos en *Libredion* ó *Liberum donum*, hoy Santiago.

En sus claustros bajos se conserva un lado de

primorosa arquitectura bizantina de columnas pa-readas. Respetado por la mano del tiempo y la de los hombres, sirve hoy de partida de bautismo á este edificio.

En estos mismos claustros se conservan algunos sepulcros vaciados por los franceses en 1808; por los mismos que se habian consagrado anteriormen-te á esta tarea en los panteones de Saint-Denis.

Entre estas tristes mutilaciones se encuentra perfectamente conservada la siguiente inscripcion:

†

HIC : YACET : BERNALDUS : ARIC :
GONDAM : CANONICUS : COMPOSTELLANUS :
QUI : OBIIT : III : NONAS : MAYY : SUB : ERA :
M : CCC : XX : VIII :

El Sr. D. Genaro Villamil, segun tengo entendi-do, ha copiado con su diestro pincel, parte de la colegiata de Sar: mis renglones podrán servir para explicar sus colores.

JOSÉ RUA FIGUEROA.

1853.

ROJIN ROJAL.

LEYENDA EN VERSO

dedicada al señor don Benito Vicetto, autor de la bellisima novela caballeresca del mismo nombre.

I.

AMOR INSENSATO.

E en ty adoro agora
e toda vya.
de todo lealmente:
mienbra te de mi, señora,
por cortesyá,
e siempre te venga en miente,
e non dexes tu serviente
perder por olvidanza
e tú farás buen estanza
e mesura.

(Macías.)

Mediaba el siglo quince, y era un dia del mes de mayo: el refulgente sol por el límpido cielo descendia á ocultar en ocaso su arrebol.

Un esplendente rayo de su lumbre iluminaba la mansion feudal que sobre el Eume, en ondulante cumbre, levantaba su mole colosal:

Fortaleza que acaso parecia poder al tiempo eterna resistir, semejando un titan que desafia al cielo á do levanta su cerviz.

De los condes de Andrade la bandera ondea en su más alto torreón, y en pórticos y objetos, por do quiera, brilla resplandeciente su blason.

—En magnífica estancia retirada, propia para el reposo y el placer, en un sitial de roble reclinada una dama bellísima se ve.

Undosos rizos á su espalda ondean, y la velan cual manto de pudor: las gracias en su boca jugueteán, dichas sin fin brindando al corazón.

Del aposento sobre el fondo oscuro destácase su imágen más gentil, y de su bella faz, más bello y puro, á la luz del crepúsculo, el perfil.

Inmóvil, vagamente iluminada, semeja una celeste aparicion; sér impalpable, vaporosa fada, de un inspirado artista creacion.

—Vése ocupando otro sitial tallado un paje de extremada juventud, bellas formas y rostro sonrosado, que oprime entre sus manos un laud.

La frente, orlada de cabellos de oro, tiene inclinada en signo de humildad; la vista fija en el laud sonoro, jamás parece en derredor mirar;

Pero á la dama, rápida y furtiva una mirada lanza alguna vez, y entónces, como tierna sensitiva, tiembla preso de oculto padecer.

Agena ella á la impresion penosa que causa su hermosura sin igual, imágen de la Virgen Dolorosa, inmóvil permanece en el sitial.

Brilla en sus ojos el candente fuego tal vez de una intensísima pasion, indicando que falta ya el sosiego á su jóven herido corazón.

Oscurecen su frente alabastrina tristes ideas de doliente afán, como enturbia la fuente cristalina la arena que arrebató el huracan.

Reconcentrado el corazón palpita, y de su pecho adviértese el latir, como se advierte que la mar se agita cercana tempestad al presentir.

De sus purpúreos labios un gemido de abatimiento escápase tal vez, que por los artesones repetido, hace al bello mancebo estremecer.

¿Quién es aquella dama?—Á la memoria de sus viejos sirvientes recurrid, y de sus labios una horrible historia oiréis con gran misterio referir.

Os dirán como Laura, del de Andrade única hija, á su despecho dió su mano al fiero conde de Roade, que con grandes instancias la pidió:

Que de niña su afecto consagrara al jóven caballero de Guimil, y que este amor, que aprobacion hallara en su padre, doró su porvenir:

Pero la guerra arrebató á su amante, y, temiendo del conde el gran poder, cuando á su padre la pidió arrogante, preciso, mal su grado, fué ceder.

Víctima de un veneno violento vióse á poco al de Andrade sucumbir, y de entónces, creciendo su tormento, del conde maltratada, ansió morir.

— Por eso, aunque á la impresion penosa que causa su hermosura sin igual, imágen de la Virgen Dolorosa, inmóvil permanece en el sitial.

Alza su rostro al fin lánguidamente y mira distraida en derredor: luégo con voz que vibra tristemente en el alma del jóven trovador:

—«Canta, dice: tus cantos melodiosos
son lenitivo á mi profundo mal.
No alegres sean: tristes, dolorosos
como mi corozon, Rojin Rojal.»

El paje al ténue, vagaroso viento
hondo suspiro de su pecho dió,
y arrancando al laud triste conuento,
así con voz dulcísima cantó:

«Mi hermoso ensueño, noble señora,
único dueño de mi albedrío,
tú por quien triste mi pecho llora,
¿por qué si el alma firme te adora,
de ti me aparta destino impio?
Sol esplendente, rosada aurora,
blanca azucena, dulce bien mio,
no más esperes: mátame ahora.

De amor me muero con solo verte:
¡ay! dame pronto, dame la muerte.

Angel divino,
cual yo, de amores por mí suspira,
vence animosa, vence al destino,
y el paje bravo
de quien el mundo teme la ira,
sumiso, humilde será tu esclavo.»

«El brillo empaña de tu hermosura,
de la hermosura por qué deliro,
la negra bruma de esta clausura,
la oscura sombra de este retiro.
Mas si deseas que irradie pura
sobre tu frente, de alba blancura,
del sol la lumbre, cual yo suspiro
suspira, y huye, y haz mi ventura.

¿Quién tu voz oye, noble señora,
quién ve tus ojos y no te adora?

Blanco lucero,
oye mi ruego, mi llanto mira,
que yo de amores por ti me muero.

Noble señora,
cual yo, anhelante, tierna suspira,
tú por quien triste mi pecho llora.»

Cesó la voz, y el eco repitiendo
fué las vibrantes notas del cantar,
por las robustas bóvedas gimiendo,
á perderse en la oscura inmensidad.

Su vaga, melancólica armonía
conmueve de la dama el corazon,
y al paje intensa una mirada envía
cual descubrir ansiando su pasión.

Con voz que quiere hacer indiferente,
—«¿Cuyo el cántico es, Rojin Rojal?»
dice; y del paje el corazon ardiente
palpita con latido desigual.

Tal pregunta al oír, tiembla, vacila,
lucha con el temor quizá el doncel,
agitase sin vista su pupila,
y prueba inútilmente á responder.

Pero, sobreponiéndose al quebranto
que así le abate, el infeliz Rojin,
con voz entrecortada por el llanto:

—«Mio el cántico es— responde al fin.

—¿Tuyo? ¿Y á quién osaste tus miradas,
soberbio pajecillo, levantar?

Las trovas que entonaste enamoradas,
¿á cuál señora dirigidas van?»

Convulso, tembloroso, vacilante

entre su ardiente afán y su temor,
deja el sitio el infeliz amante
y mira extraviado en derredor.

Luégo, lanzando á la señora altiva
miradas de vivísima ansiedad,
con voz desgarradora, convulsiva,
exclama:—«Laura, ten de mi piedad.

Ya más sufrir no puede el alma mia
las trabas del respeto y el temor:
ya la pasión que me tortura impía
con impetu rebosa el corazon...»

Tú, que al veneno de tu infame esposo
viste á tu noble padre sucumbir;
que, sufriendo martirio doloroso,
¡ay! tu ventura cifras en morir;

que, sólo, abandonada en tu retiro,
la imagen viva ofreces del dolor;
eres tú la mujer por quien suspiro,
tú el ideal de mi insensato amor.

¿Cómo no amarte el inspirado bardo,
cómo no amarte el infeliz doncel,
si es tu aliento oloroso como el nardo
y tus labios más rojos que el clavel?

¿Si es vibrante tu voz, pura, armoniosa,
como el aura que vaga en el jardín;
si eres dulce, sensible, bondadosa
cual concibe la mente un serafín?

Vérne á tus piés humilde y anhelante;
duélete, Laura mia, de mi mal:
un beso nada más, un beso amante,
y morirá despues Rojin Rojal.»

Dice, y, la hermosa faz bañada en lloro,
las manos oprimiendo el corazon,
desordenados los cabellos de oro,
de Laura implora el anhelado amor.

Ella, indignada, á comprender no acierta
la extremada osadía del doncel;
mas, tendiendo su mano hácia la puerta,
trémula de soberbia y altivez,

en el furor tremendo que la inflama
el alma desgarrando de Rojin,
erguida, altiva, con desprecio exclama:
—«Vete, vete, villano, y ¡ay de tí!

E intenta huír; mas, rápido el mancebo,
asiendo arrebatado su brial,
gimiendo de dolor, dice de nueva:
—«¡Ay! duélete, señora, de mi mal.

Un momento de amor, una palabra
que calme dulce mi terrible ardor,
y que la tumba ante mis piés se abra,
y me arranque el infierno el corazon.

¿Qué me importa morir si un placentero
recuerdo alhagador llevo de tí?...

Si me niegas tu amor, y sin él muero...
Laura, ¡qué horror!... ¡Apíadate de mí!»

Y de rodillas siguela postrado...

Luégo, exalando un grito de dolor,
en tierra se desploma anonadado,
el esfuerzo perdido y el vigor.

Colérica, iracunda, desdeñosa,
Laura rechaza al infeliz Rojin,
y la puerta entreabriendo silenciosa,
solo con su dolor le deja allí.

Y diz que á poco pálido, sombrío,
se alzó con lentitud Rojin Rojal,
y fijando la vista en el vacío,
el pomo acarició de su puñal.

SEGISMUNDO GARCÍA CASTRO.

(Se continuará.)

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA:

su historia y su influjo bajo los aspectos económico y social.

PRIMERA PARTE.

COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

III.

Fundacion de ciudades griegas en Galicia.

Respecto á la fundacion de pueblos en el país, es indudable que la mayor parte de sus ciudades antiguas se deben á los griegos. Los céltigos, aborígenes del territorio, no conocian más que los *castros*; y sólo los fenicios ó *tirios* durante su explotación, fundaron dos poblaciones como factorías ó depósitos de los metales que exportaban. Estas dos poblaciones, puramente marítimas, se hallaban: una en el centro del litoral oeste de Galicia, llamada *TIRIA* en honor de *Tiro*, hoy Iria (Padron),—y la otra en el centro del litoral noroeste, llamada *Brigantia* (Betanzos), que conservó á través de los siglos esa denominación purísimamente céltica que le dieron los fenicios, tomándola de los naturales de aquella comarca (los brigantinos, aun hoy tierra de Bergantiños). Fuera de esas dos poblaciones primitivas del país durante la explotación fenicia en nuestro suelo, las demás se deben al helenismo como lo afirman historiadores y geógrafos gravísimos de la antigüedad, ya griegos ya latinos.

Exigir más pruebas de esta aseveracion que las que aducen esas autoridades, será exigir demasiado tratándose de épocas tan remotas como aquéllas. Si muchas naciones ó pueblos tuvieran la mitad siquiera de esos testimonios que podemos exhibir los gallegos ¡cuánto no decantarían sus orígenes! ¡Cómo engarzarían en oro estas solas palabras de Estrabon (lib. III)!—«Tambien en la Galicia se cuenta que se establecieron algunos de los parciales de Teucro, y que allí edificaron pueblos, uno de los cuales es el llamado Helenes (Pontevedra); otro llamado Amphiloquia (Orense), del nombre de Amphilocho, que murió en este sitio; y sus compañeros se dispersaron por aquellos contornos (1)»—Algunos se fundan en este se cuenta de Estrabon para tomar á cuento las colonias griegas en Galicia, y precisamente en esa frase se cuenta es donde estriba la mayor fuerza de aseveracion; pues el geógrafo en ella se refiere á la antigüedad de esas colonias, tomando el aserto nada ménos que de Asclepiades, como él mismo nos lo dice,—cuyo autor fué discípulo del filósofo Stilpon que floreció por los años de 350 antes de Jesucristo. Estrabon, pues, en ese se cuenta

(1) El sábio obispo Perez, en sus notas al cronicon de Vasco, dejó escrito que Amphiloquia correspondia á un pueblo llamado Antiochia á dos leguas de Orense: *hodie Antiochia*. Acaso quiso decir Chalcoada, pueblo de Galicia, donde se conservan indicios de poblacion, perteneciente á los Amphilocos, como dice Cean. Mas este último la redujo á Ganzo de Limia. El Sr. Campomanes en su discurso preliminar al Periplo de Hannon, por autoridad del Padre Sarmiento, redujo Amphiloquia á Orense.—CORRÉS Y LOPEZ, España Antigua.

La reduccion de Amphiloquia á Orense es acertada: la de Antiochia la reduce la tradicion del país al lago Baelion,—lo que concuerda con el pasaje de Estrabon y Sillio Itálico que mencionamos.

no se refiere á su edad, que entónces desmerecería la frase en efecto,—sinó á lo que se escribió tres ó cuatro siglos antes de él por persona más autorizada, puesto que sobre ser Asclepiades escritor más antiguo, habia estado en la Turdetania (Andalucía) de maestro de gramática, y escribió de nuestra region con más conocimiento que él, que no la pisó, segun testifica el mismo Estrabon (lib. 3): *Asclepiades Mirilianus qui in Turdetania literarii magister exhibit, de que regiones illius gentibus exponendis librum edidit.*

¡Cómo, asimismo, no engarzarían en oro las palabras de Sillio Itálico, Dionisio Periegetes y Rufo Festo Avieno, cuando hablan de la fundacion de Tuy en Galicia! Segun estos autores antiguos, el fundador de Tuy fué Diomedes, rey de Aetolia en Argos, hijo de *Tydeo* y *Deiphila*, y nieto de *Oeneo*, de cuyo Diomedes escriben tantas hazañas en la guerra de Troya, que lo hacen el más valiente de los griegos despues de Aquiles. Este Diomedes—dicen—al regresar á su patria despues de la guerra y ver á su mujer *Aegiala* en relaciones con *Hipólito*, huyó de ella pesaroso,—y vagando por los mares, llegó hasta la costa de Galicia y fundo esta ciudad. Ya dejamos citados *ad hoc* los versos de Sillio Itálico y nos faltan los de Dionisio Periegetes y Festo Avieno. El primero en la Descripción del mundo, recuerda esta venida de Diomedes á España (por el motivo expuesto, y achacando á Venus la incontinencia de *Aegiala*), cuando dice en el verso 483:

*Invenies fortis Diomedis confestim insulan
Quo Heros concessit infensæ Veneris,
Quando famosissimorum peragravit gentem Iberum
Sue uxoris technis malevolæ Aegialæ.*

Habla allí de la isla de Diomedes en el Adriático, adonde nos dice el segundo autor antiguo que pasó, despues de estar en España (v. 651):

*Postquam per celeres extorrem traxit Iberos:
Conjugis huc diræ misit furor Aegialæ.*

Resulta de todo esto claramente—como dice Florez—corresponder á Tuy la sentencia propuesta de ser obra de Diomedes, rey de Aetolia, por lo que la intitularon *Aetolia*; y como el padre se llamó *Tydeo* consta la etimología y motivo de ponerle el nombre de *Tyde*, segun reconocen Braudand y Hofman en sus Dictionarios, *A Diomede condita, et de patris nomine dicta*. Weseling añade: *Silius á Diomede in Tydei patris memoriam conditam fuisse indicat.*—Y si otro tanto dijeran los autores antiguos de cuantos pueblos, uno por uno, levantaron las colonias griegas en Galicia,—vendrían á escribir entonces *mis de nuestra region* que de las suyas propias,—lo que sería absurdo, si tal se exigiera por los destructores de las glorias galaicas.

Recorred ese promontorio de Finisterre que os marcamos más adelante como primer asiento de las colonias griegas, en su afan de ver como el sol se apagaba en las olas del océano,—y todas sus comarcas *gravisca* ó de los gravios, traspasarán helenismo puro en la nomenclatura de sus pueblos. Ved á Frige (anta *Leocadia*), y en el nombre de las localidades contiguas, como *Nemiña*, *Queiroso*, *Lires*, etc, todo es frigio, ó de la Frigia. Seguid recorriendo ese cabo *Nerio* ó *Chronos* como tambien lo llamaron nuestros colonizadores segun Mariana, ya ascendiendo al Norte hácia *Tourinán*, ya descendiendo al Sur, como la ría de *Arosa*, *Arouza* ó *Ara-solis*, y el *gravismo* ó helenismo de las denominaciones topográficas se evidenciará purísimo en sus

montes, como el Pindo (1), en las aguas de sus rios como el Ezaro (2), y hasta en sus puentes como el de Aranton (Maranton, Maraton) (3).

Entre esos cien y cien pueblos que bordan la orla de la costa oeste de Galicia, allí teneis tambien, por ejemplo, á Caldas de Rey (Celenes),—pueblo oriundo de los *helenes* griegos. En el Asia menor habia una ciudad que fué capital de la Frigia llamada *Celenes* (Tito Livio, lib. 38, cap. 14), é indudablemente el municipio Celenes ó Celenis de los romanos (Caldas de Rey) debe su origen á los helenes ó *celenes* de la Frigia,—puesto que segun los geógrafos antiquísimos los gallegos eran y se tenian por descendientes de las colonias griegas. Mela dice que todos estos celtas (entiéndase celti-griegos ó galogriegos) de Celenes, Grove, Tuy etc, hablaban un *dialectogriego*,—y aunque no lo digera, la historia tradicional del pais lo evidenciágraficamente *hasta en sus piedras*, como dice elocuentemente Vereá y Aguiar (4).

Ved á Muros...—pero ¿á qué proseguir? Desde la aparicion de las colonias griegas en Galicia, datan sus poblaciones urbícolas,—no sólo en la costa sinó en el interior como enunciaremos con más oportunidad,—escepto Tiria ó Iria, Brigantia ó Betanzos. Los romanos fundaron—más tarde—poblaciones si, pero pocas, y para eso grandes centros militares ó conventos jurídicos como Lugo, Braga y Astúrica,—si bien modificaron la denominacion de las ya fundadas por los gravios ó helenos, pues á Hellenes (Pontevedra) la nombraron *Pons vetus*; á Neda, *Novium*; á Spaco (Vigo), *Vicus Spacorum*; á Tiria (Padron) *Iria Flavia*; á Brigantia (Betanzos), *Flavium Brigantium*; á Duyo, *Duyum*; á Gravi (Grove) *Gravium*; á Celenes (Caldas de Rey), *Aquæ Calidæ*; á Tyde (Tuy), *Tude*; á Amphilochia (Orense), *Auriensis*, etc.

IV.

Costumbres griegas en Galicia.

Respecto á los usos y costumbres que se conservan de las colonias griegas en nuestra region galaica, los historiadores aducen bastantes desde Estrabon hasta Vereá y Aguiar. Reproducir aquí esas huellas imperecederas que ha dejado el helenismo en el territorio, sería hacer de este trabajo un libro interminable. Baste solo preguntar á los incrédulos quien introdujo esas costumbres grie-

(1) Famoso pedregal de maravillosa estructura, que se eleva 700 varas sobre el nivel del mar. Se halla en la parroquia de Carnota, ria de Coreubion.

(2) Este rio Ezaro, al desaguar en el mar, forma una elevada y hermosa cascada, que sorprende al viajero por su magestad. Nace este rio en las montañas de Jallas, junto á Bergantiños, y desagua en la misma ria de Coreubion, frente al Finisterre.

(3) El puente de Aranton es antiquísimo. Está sobre el Ezaro ó Jallas, y entre las parroquias de Mallon y Santa Comba. No aludimos á la antigüedad del puente actual, pues fué renovado en la edad media.

(4) La desconfianza con que hasta aquí miró Galicia su misma historia tradicional, rayó en desprecio. Enhorabuena que se la depure, pero no que se la desprecie ciegamente, pues esto es inconcebible en un pueblo digno. Si en nuestras cuestiones históricas, hemos de estar atentos á lo que nos digan los *extraños*, nos pareceremos á los reos en el banquillo de los acusados. Pues qué ¿no es axioma jurídico que para sentenciar un pleito hay que oír las dos partes? Pues qué, ¿hemos de atenernos sólo á lo que digan los *extraños*, y desoir la voz de nuestros padres y nuestros abuelos, y con ella hasta la voz de las piedras del pais? ¡Qué horror, si tal sucediere! Esto daría la medida de nuestra *abyección*, pues tendríamos, no lo que merecíamos, sinó lo que nos quisieran dar nuestros detractores.

gas en el país, como los certámenes gimnásticos, *as loitas* (las luchas), las hogazas, las carreras, las *peuthetrias* (*choradeiras* en los entierros), las fórmulas griegas en los matrimonios que Estrabon refiere, el laurel en los sembrados y al oriente de las casas rurales, la cofia, el dengue de grana, el pelo partido en dos trenzas en las mujeres como lo usan las rianjeras, el casco ó la montera con tres plumas, las *aceas* ó molinos hidráulicos, los barcos de *bimbios* (mimbres) forrados de cuero, la flauta, la *alborada*, las *murelas* ó canciones en cuadrilla y á toda voz, la *zanfonia* (sinfonía), la modificacion de la danza céltica (*muineira*) haciéndola menos sensual y más pudorosa, la maceracion del lino, el regocijo con que se celebra la recoleccion de los cereales y de la uva que recuerdan el culto consagrado á Ceres y á Baco, y otros mil rasgos etnológicos que enumeran los autores y que indicaremos al concluir. Es verdad que el mismo Estrabon atribuye á los poetas muchas ficciones en el viaje errante de Ulises,—pero termina asegurando, que al fin en la mayor parte de sus narraciones *no se desviaban* de las de los historiadores dignos de fé, en cuanto á los viajes de los griegos *fuera del estrecho* de Gibraltar. (1)

V.

Tipo helénico en las Rias bajas.

En cuanto al tipo helénico en Galicia, se conserva purísimo en las *Rias bajas*, segun Martinez Murguía en su comenzada y nunca acabada *Historia da Galicia* y Otero en su *Galicia Médica*. Este último, pág. 54, nos dá el tipo etrusco en los pueblos ribereños (Rias bajas), retratandolo moreno, fornido, de pequeña estatura, formas pesadas y redondas, con el tipo griego en toda la belleza de sus caracteres físicos, estatura elevada, formas elegantes, facciones varoniles y regulares. Tales son sus palabras, pero no lo hemos comprendido bien. Al hablar de las mujeres gallegas—prosigue pág. 59,—«Es notable en las ribereñas observar el tipo *helenico*; de aquí, que sea frecuente ver en las localidades, ora figuras *Mesenias*, de esbelto talle, formas mórvidas, despejada blancura, iris azul y cabellera blanca: ora *Espartanas*, de aire magestuoso, contornos redondeados, animado color trigüeno, delicadas facciones, cabellos y ojos rasgados negros.»

La fisonomía de raza, se distingue siempre como tal por los lineamientos del rostro; esto es, todos tienen los mismos caracteres de formas, de proporciones, de cuanto constituye esencialmente un tipo. Segun Mr. Edwards (2), el tipo fisionómico etrusco ó griego es de cabeza larga y poco ancha; frente alta y desarrollada; nariz corva de modo que la punta mira hácia abajo; alas remangadas y barba prominente,—tipo que se encuentra en la Toscana y que observó en algunos bustos, estatuas y bajos relieves etruscos;—y tipo que nosotros hemos observados á la vez en muchísimos habitantes de nuestras Rias bajas, conocidos en el país por *meiriños*.

VI.

Medallas que comprueban la colonización griega en el territorio.

Queda, pues, asazmente probado que la coloni-

(1) Barthélemy en la introduccion del viaje de Anacarsis á Grecia, siglo IV de nuestra era, tambien afirma que se establecieron colonias griegas en la antigüedad, aquende el estrecho.

(2) *Des caractères physiologiques des races humaines, considérés dans leurs rapports avec l'hist.* Paris, 1829.

zacion griega en el país, no es un sueño ó inspiracion poética del pueblo galaico, sinó un hecho altamente gráfico, comprobado por la historia, la filología, la locografía ó localizacion, la etnología y la fisionomia típicamente helénica, áun hoy, de muchísimos naturales de las *Rias bajas* ó litoral del oeste. Y si todo eso no es suficiente para los incrédulos, añadiremos una nueva comprobacion.

Que los griegos al colonizar á Galicia nos transmitieron su alfabeto, es indudable de todo punto; y al efecto vamos á citar algunas de las medallas griegas que se hallaron, llamadas de caracteres *desconocidos*, y que son una prueba más de las irrefutables que aducimos, respecto á las colonias griegas en nuestra region. Las cuatro siguientes, dice el académico de la historia don Luis José Velazquez, que son de la provincia de Tarragona; y por su explicacion se verá—como afirma luminosamente Vereá y Aguiar—*que pertenecen á Galicia, comprendida, al principio de la conquista romana, en dicha division territorial tarraconense.*

1.^a

Ginete con palma al hombro, corriendo hácia la derecha: debajo estas letras, L M N, esto es L I M A etc,—que corresponde á los pueblos lemosanos (de Lemos) ó á los de la Limia.

2.^a

Cabeza ceñida de diadema y vuelta á la izquierda: caballo corriendo en la misma direccion, y debajo: $\frac{1}{2}$ Ψ \backslash ,—esto es: *Neola* ó *Noela*.—Aquí, dice el Sr. Velazquez, leo el nombre de *Neola*, que Plinio llama *Noela*, hoy *Noya*.

3.^a

Ginete con lanza, corriendo hácia la izquierda debajo: $\frac{1}{2}$ Δ A, esto es: *Nera* etc. Esta medalla, dice el mismo Velázquez, pertenece á los pueblos *Nerios* que Mela coloca junto al promontorio que tomó de ellos el nombre (*Finisterre*),—nombre que recuerda el de la ciudad *Neria* hácia el estrecho de Corinto.

4.^a

Cabeza bárbara, desnuda y vuelta hácia la izquierda: delante un delfin. Sus letras dicen *Nedra*, que pueden aludir á *Neda*, ó á *Nebra*, pueblo éste de *Nebra* enclavado junto al promontorio *Nerio* ó de *Finisterre*.

En cuanto á la piedra de la iglesia de Soandres, cerca de la Coruña, que tiene estas letras I. O. M. HERKULI IONICO y que el Sr. Vereá atribuye á los griegos,—no estamos conformes, pues como la inscripcion ó letras *son latinas*, tanto pueden ser de los romanos al ocupar el país como de sus naturales durante la ocupacion. Si las letras, en vez de tener caracter latino lo tuvieran pelásgico ó griego como las de las medallas que citamos, entónces variaría nuestra apreciacion.

VII.

Última palabra de la ciencia histórica sobre la cuestion.

Y por último, si nada de cuanto aducimos basta, la ciencia histórica moderna ó sea la Geografía universal antigua de Cesar Cantú (pag. 648), nos dice en definitiva, que los gravios gallaicos procedían de la *Gravisca*, Etruria (1).

(1) Véase además la Geografía general de España por Carrasco, pag. 71. Edicion de Gaspar y Roig, 1801.

Y ante la afirmacion de Cantú coloso de la sabiduría histórica, no hay más remedio que inclinar la frente. Es el espíritu de los siglos encarnándose en un sólo hombre. Es la elocuente voz de la humanidad, vibrando limpia y sonora en el tiempo y el espacio. Es la última palabra escrita *escribiéndose SOBRE TODO lo escrito*. Es en fin el eco del universo (1).

SEGUNDA PARTE.

HISTORIA DE LAS COLONIAS GRIEGAS EN GALICIA.

I.

Llegada de los griegos al país.

Pero ¿cuándo, en qué época vinieron los griegos á Galicia?

Antes y despues de la guerra de Troya;—y he aqui la confusion de los historiadores, ya antiguos ya modernos; pues no teniendo en cuenta nuestra historia tradicional, no han podido explicar ó conciliar esas diferentes colonizaciones helénicas, independientes entre sí, las cuales vamos á historiar seguidamente.

II.

Colonizacion pelásgica y helena antes de la guerra de Troya: *Ara Solis*.

Antes, pues, de la guerra de Troya, los pelásgos y los helenos, primeros pueblos griegos que abordaron á nuestro país,—lo efectuaron en barcos forrados de cuero, al impulso de su adoracion al sol (2). Los monumentos que comprueban este hecho, tanto como en Homero y otras autoridades prehistóricas, tenemos que buscarlos en la historia tradicional de Galicia, puesto que á quéllas no les quedó la tradicion *escrita* del suceso, por haber tenido éste lugar en época sumamente anterior á los primeros publicistas conocidos (3).

(1) Algunos, en su furor por el celticismo, dicen que la denominacion de *gravios* ó *graios* proviene del *Kraig*, *Kraighes*, peñascos en galésico. Con razon dice Martinez Pasadín en su comenzada y no acabada Historia de Galicia, que, debiendo corresponder á un país peñascoso esa denominacion de *Kraighes*, mal puede aplicarse al territorio de nuestros gravios ó *graios*, pues el Grove y las orillas del Miño, donde habitaban los *graios* áun en la época de Plinio, es la region más amena, poética y frondosa que puede hallarse. Las mismas marinas llamadas *Rias bajas*, en que figura el Grove frente á la isla *Arouza*, son por naturaleza las más pintorescas, suaves y apacibles de Galicia. Pero ¿á qué cansarnos, si el mismo Cantú nos dice en la Division etno-ráfica de Europa, que los helenos fueron llamados *gracos* en Epiro y *graos* en Tracia?

Admira que los grandes historiadores extranjeros como Cantú, nos hagan justicia y los pequeños autores nacionales como Masdeu, Mohedanos, Huerta, etc., no nos la hagan. Y áun admira más que Galicia se hubiera dejado *monopolizar* sus Anales por un extranjero—¿Qué i nominia tan grande para ella!

(2) Conviene á los anticuarios en que los pelásgos y los etruscos fueron los primeros que emprendieron navegaciones peligrosas y largas con bajeles de cuero,—y especialmente de los etruscos así nos lo dejó escrito Dempster (*Etruria regalis*, lib. 3).—¿De dónde sino de estos primeros colonizadores vino á nuestros gallegos la costumbre de construir sus barcos de *bimbios* (mimbres) forrados de cuero, de que nos habla Estrabon? ¿Pueblo alruno peninsular tuvo esa costumbre antiquísima? Si efectivamente esa clase de barcos los usaron los pelásgos y etruscos, ¿puede darse prueba más clara de las colonias griegas en Galicia antes de la guerra de Troya, puesto que, segun Estrabon, ningún pueblo litoral de España usó de tales barcos de mimbres forrados de cuero, sino el nuestro?

(3) "No cabe duda, ya se atiende á la tradicion, ya á los monumentos, que España conoció colonias griegas mucho más antes de lo que comunmente suele indicarse... En Galicia se conservaba en la antigüedad la tradicion de una remota poblacion griega..." MARTINEZ Y MURGUA.

No citamos á este autor como autoridad, sino para evidenciar en parte, el eco del país respecto á las colonias griegas. En cuanto á lo demás, es una desdicha leer su comenzado libro, por la elasticidad de sus afirmaciones, pues parece una pelota de goma en el aire, que tan pronto baja como rebota, tan pronto afirma como niega. Tan pronto hace á Maros centro purisimo de la colonizacion, bajo su palabra de honor, como dice que los *gravios* eran celtas, fundándose en el *Kraig* de Romey; tan pronto dice que aquí arribaron hombres de la raza pelásgica, segun la lápida dedicada al Hércules iónico y hallada cerca de la Coruña, como que la coloni-

En efecto, recurriendo á la historia tradicional de Galicia referente á los periodos prehistóricos, *Ara Solis* nos sale al encuentro como un brillante faro que ilumina aquellas tinieblas. Los pelagos y los helenos, pues, en su adoracion al sol, Hércules griego, fuerza de toda fuerza, realidad para ellos de Dios, cuando Dios es una *realidad sin forma*,—se dirigieron por mar desde Oriente á Occidente, ganosos de ver cómo se ocultaba, cuya ocultacion, segun sus creencias era maravillosa y sagrada hasta lo sumo, porque el mar apagaba sus rayos de luz y sobrevenia la noche rápidamente sobre la tierra. Homero, al hablar de nuestra region, la última del Occidente (Finisterre), trasluce parte de esas creencias esplendorosas de los griegos, por supuesto *por tradicion*,—lo que prueba que nuestro pais ya fué conocido de los helenos, mucho antes del nacimiento de este padre de la historia: *Occidit vero Oceanum splendidum lumen solis*,—dice en la *Iliada*, lib. 8, v. 4.85—*trahens noctem nigram super almam telurem*; ó lo que es lo mismo: *el oceano donde cae el sol estingue sus brillantes rayos, y atrae sobre la madre tierra á la negra noche*. Esesicoro, Antimaco, Escilio y otros poetas antiquísimos de Grecia tambien conservaron en sus versos esas creencias respecto á la puesta del sol en nuestro pais, unos diciendo que se apagaba en estos mares para aparecer de nuevo en Oriente, y otros que navegaba por ellos en una *copa de oro* que le fabricara Vulcano aquí en el ocaso: *Era in Occasu Patris* (dios de los dioses) *forte fortuna á Vulcano fabricata patera*, etc. (traduccion del griego al latin por Samuel Clarke). Es imposible desconocer el efecto que en el mundo antiguo debia inspirar la marcha, *al parecer*, del sol. Nada pudo impresionar tanto al hombre sobre la tierra. La aparicion y desaparicion de este astro en el horizonte, debia desvelarlo,—y de aquí las peregrinaciones terrestres y marítimas de aquella nascente sociedad, ya al oriente, ya al occidente,—y de aquí el ara ó templo al sol (*Arasolis*) que levantaron en Finisterre (1).

Que la peregrinacion de las familias griegas que nos ocupa, fué dilatada y trabajosa al costear el Mediterráneo y el Atlántico, en sus barcos forrados de cuero, no hay que encarecerlo; ¿pero qué es la duracion y qué las penalidades para las almas candentes por la fé de sus creencias religiosas? La historia tradicional del pais, nos dice que llegaron esas familias pelásgicas y helenas hasta el promontorio Artabro (Finisterre),—asei tándose entre sus pobladores célticos por la dulzura, segun siglos antes lo hicieran los fenicios; de modo que, como habia mediado ya la

zacion griega en el pais *no fué un hecho* etnográfico, etc., etc. Su disertacion sobre las colonias griegas, es una contradiccion monstruosa; y la termina diciendo: «El problema de las colonias griegas en Galicia, es uno de los más difíciles de su historia, y al cual no vemos todavía solución posible.»—Y seguidamente afirma rotundamente *bajo su palabra*: «Vinieron los griegos á Galicia, primero mezclados y confundidos con los fenicios al amparo del poder semita, y más tarde cultos para nosotros bajo el nombre de aquellos mercaderes.»

¿En qué quedamos? Si es un problema insoluble, si es difícil reconocer la existencia de colonias griegas en el pais, ¿por qué se afirma su venida de esta y de la otra manera, sin fundarse en autor alguno, ni aún *decididamente* en la historia tradicional de la region?

(1) «El Paropamis y el Cáucaso, determinan dos corrientes de poblacion de-pues de la dispersion de Babel: una que se dirige hácia el nacimiento del sol, otra hácia el ocaso.»

CANTÚ.—Discurso de su Historia universal. T. I, pág. XXIX. Se vé, pues, que antes de la colonizacion griega en Galicia, *hija de su veneracion al sol*, ya esta misma veneracion preocupara á las razas prehistóricas,—y por eso está muy en su lugar la afirmacion de Estrabon, cuando dice (lib. I, pág. 2) «que Hércules Thobel fué el que vino á la Iberia muchísimo antes que los fenicios.»

Con esta profundidad filosófica tiene que verse la historia de la humanidad desde su infancia; sorprendiendo el *móvil* que impulsaba entonces las evoluciones de las razas en el plano del mundo, EL SOL. De aquí la aparicion de la raza tuvalita en nuestro suelo, dando origen á la raza *brigantina*, como ésta dió origen á la céltica ó galaica; de aquí, tambien, la aparicion de la raza tiria, como la de la raza griega que evocamos á la luz de testimonios históricos irrefutables.

explotacion tiria en nuestro litoral, élla sirvió de transición entre los indígenas de la costa, medio celti-fenicios, y los nuevos colonizadores.

Por otra parte—nuestra region del oeste no podia ménos de ser reverenciada por los griegos del Asia como ninguna otra de Europa. Nuestro cabo de Finisterre, colocado entre los dos oceanos, y que segun la profunda frase de Plinio divide la tierra, los cielos y los mares, debia ser considerado por ellos como una nueva, maravillosa patria. El flujo y reflujo de esos dos mares que tan pronto cubria islas y terrenos como las descubria, en una variabilidad incesante,—les impresionaba en extremo al par de su veneracion al sol apagandose entre las olas. Nuestro cabo de Finisterre coronado de pequeñas islas, debia recordarles el archipiélago griego ó el lago Lemán del Oriente. El Cántabro y el Atlántico confundiendo sus cristales en aquellos pequeños golfos, cayos y estrechos que se presentan entre los cabos de nuestras tierras flechadoras ó lengüetadas del oeste, bañan las costas más desiguales pero más graciosas á la vez; y el gigante promontorio Artabro parecia haber sido colocado allí para aminorar el choque entre ambos oceanos, elevandose entre ellos como indeciso. Habia aun más atractivo para aquella raza del Asia: el clima de nuestro pais montañoso y marítimo, es tan vasto como sus terrenos, y sumamente templado á pesar de su latitud. Si las nieves del Barbanza les recordaba las de la Tesalia, el perpetuo verano de las márgenes del Lerez les recordaba los valles de la Lydia. La fresca ventilacion de nuestras islas debia halagarlos sobremanera,—y particularmente en nuestra costa del oeste se consunden todos los cambios de temperatura sobre las montañas, sobre los valles y sobre las aguas lo que no sucede en Andalucía con ser tan celebrada. Aquel cielo de nuestras Rias bajas es límpido como en Egipto, la tierra fecunda como en Siria, y el mar tan pronto tranquilo y tan pronto tempestuoso como en los trópicos. Los paisajes y las escenas de la naturaleza son, en nuestras riberas marítimas y fluviales del oeste, grandes, reducidos, sublimes, recogidos ó ilimitados como la imaginacion de los hombres,—y todo esto en poca distancia y en un terreno que los aproxima. En aquel prisma de horizontes que constituye nuestras Rias bajas, todo se pinta allí con rasgos imponentes, magestuosos y accidentados,—fascinando la vista é inmantando el sentimiento. Tan pronto en himno, como en poema, en elegía, en canto ó en estrofa voluptuosa, aquella tierra canhánica del litoral oeste de Galicia es la tierra que pinta, que habla y que canta cual nadie á todos los sentidos.

Pero, aquellas grandes agrupaciones desprendidas de la inmensa raza pelásgica y helénica ¿venian á colonizar nuestra region? No: no les impulsaba el mismo afán que á los fenicios: no eran los metales de Galicia lo que anhelaban. Era su sol, los posteros rayos de su sol apagándose en los mares del ocaso; y como esto entraba por mucho en el modo de ser espiritual de aquel pueblo etrusco ó griego, dado como ninguno del Asia á lo sorprendente, de aquí su asiento en el pais; de aquí su ara ó altar al sol; de aquí su Duyo, Grove, Noya, Muros, Frige y otros pueblos más que levantaron en la costa oeste de Galicia.

Al llegar á este punto, más parece poema que historia lo que bosquejamos; ¿pero que es la vida de la humanidad en sus múltiples creencias y diferentes evoluciones sinó un poema inmenso? Esta parte de la historia tradicional de Galicia ¿contradice en algo la historia universal admitida? ¿Eran ó no heliolatras los griegos? ¿Rendian ó no culto al sol, co-

mo despues, por ellos, *lo rindieron los gallegos?* (1). Pues si asi era ¿qué mucho que desde Oriente ó desde aquella encrucijada del mundo antiguo donde se hallaban (situada entre Europa, Asia y Africa), viniera hasta los postreros límites de la tierra occidental (Finisterre), ganosos de ver cómo se ocultaba entre las olas? ¿En qué se opone la historia tradicional de Galicia, con esto, á la historia general de la humanidad? ¿En qué hiera ó disvirtúa, con esto, la filosofía de la historia de esa misma humanidad? ¿Qué funda ó qué destruye esta evidencia que empieza á respandecer en la noche de los siglos? ¿Qué hay en élla de insólito, de sobrehumano ó de inverosímil, dadas épocas, creencias y hombres? ¿Por qué resistirse á ver esa luz prehistórica que surge de *Ara Solis*? ¿No es el relámpago que sale de la nube?—Allí donde la historia falte, cabe la tradicion, y donde falte la tradicion, cabe la congetura,—porque los anales de un pueblo, á semejanza del Tiempo y del Espacio, no pueden ni deben admitir vacío ó interrupcion alguna. Si para los incrédulos hay un interregno en nuestra historia ab-origena, para nosotros, para el pais y para el público sensato no, porque *Arasolis* está cubriendo ese interregno con sus esplendurosos rayos de oro y nacar. Apaguen los incrédulos esa luz ó esos rayos luminosos, si son despues más *ilustrados* con la cerrazon que sobreviene, una vez que con nada la podrán romper. Si hay poesia en la historia ¿qué culpa tiene de ello el historiador? O es que para los incrédulos la historia de la humanidad de ayer ha de ser igual á la de la sociedad de hoy, con los mismos hombres, ó las mismas creencias y las mismas pasiones?

Ah! entónces romped estas páginas,—pero ellas renacerán en la posteridad con más fuerza de expresion, con más brillantez histórica por la sávia de su génio ó intelectualidad superior para prohibir, no lo abstruso, sinó lo evidente á todas luces. «Por muy maravillosas que parezcan las tradiciones,—dice Lamartine en la biografía de Homero,—son la erudicion de los pueblos: nosotros creemos en ellas más que en los sábios que al cabo de siglos tratan de despertaras ó desmentirlas. A falta de libros escritos, la memoria de las naciones es el libro inédito de su raza: lo que el padre ha referido al hijo y este á los suyos, de edades en edades, jamás carece de fundamento en la realidad. Remontando de generacion en generacion hasta el origen de esas tradiciones de familia ó de raza, que en su trascurso se aumentan con algunas fábulas, viene á ser como un hombre que se remonta entre nieblas por la corriente de un río desconocido: al fin llega á su origen, que aun cuando sea insignificante, siempre es la fuente de una verdad.»

Además de la historia tradicional de Galicia que afirma lo que afirmamos,—ahí teneis al griego Tolomeo que os dice, al hablar de nuestra costa del oeste: *Post Nerium promontorium, aliud promontorium, in quo Solis ara*, que algunos pobrisimamente enmiendan *Sestii ara*, con alusion á las aras Sestianas, porque les parece inconcebible que los griegos ó galo-griegos (galiegos) adorasen al sol;—ahí teneis la Historia gótica del obispo D. Servando cuando habla de Duho (Duyo); la Historia eterna de Galicia por Seguin, y los Anales de Galicia por Huerta, donde hasta este último historiador nos di-

ce lo mismo, aunque *á fortiori*, usando el indolente *licese*;—ahí teneis al municipio de Finisterre que usa por armas ó *blason local un sol*, en memoria del famoso *Ara Solis* del helenismo en Galicia;—ahí teneis a una legua de Finisterre al E, en la villa de Cée, un pequeño río que lleva este nombre *Ars*, contraccion de *Ara*, y más bien de *ara* en céltico;—ahí teneis la denominacion de la ria de *Arouza* ó *Arosa*, residuo de *Arasol*, precisamente donde se halla la península del Grove ó pais de los *graviros* aun hoy;—ahí teneis la *alborada*, ese canto matinal á la salida del sol, canto griego antiquísimo é inmortal en Galicia;—ahí teneis un manuscrito de la mitra de Compostela, correspondiente al siglo XVI, donde hablando de Finisterre, dice que sobre la meseta de una de sus montañas, aun se veian entónces las ruinas ciclópeas de una poblacion antiquísima (pelásgica);—ahí teneis en fin la historia de la predicacion del apostol Santiago en el pais, que os hablará del *ara al sol* de la *Galicia gentil* ó anterior al nacimiento de Jesucristo; ara ó templo que aquel destruyó con su uncion evangélica, residiendo por eso más en la comarca de Tiria ó Iria (Padron) que en parte alguna de Galicia ó de España.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

AMOR Y PÁTRIA.

TRADICION CABALLERESCA, (1)

«Que algunas veces la suerte
suele á los hombres de fama,
llevarlos por los cabellos
á la fortuna contraria.»

Romancero morisco.—Gasul.

AMOR.

I.

Ojos azules y claros
como el cielo de Galicia;

(1) Esta tradicion, premiada en los juegos florales de Santiago, está tomada de la Historia de la dominacion de los árabes en España, por J. A. Conde, y que el Sr. Vicetto no entrará en la Historia de Galicia porque no consta si el caballero era gallego ó castellano, pues en aquella batalla que se dió Almanzor, á quien dice la crónica árabe que el *harib* se hallaba en *Tierra de Galicia*, también dice que á la jornada concurreieron contra él las huestes de Galicia y de Castilla, y al héroe de la leyenda no lo denomina más que *caballero cristiano*. La tradicion, no es ricurosamente de Galicia, por no aclarar la crónica árabe si el caballero era gallego ó castellano, pues los poetas leoneses pudieran cantar en la gloria que los gallegos por no dársele claramente la region á que pertenecía el héroe de la leyenda. Por lo demás, como varán nuestros lectores, el romancero del Sr. Novo, no puede ser más galano y poético. No podemos decir lo mismo del que llevó el premio *ó rosa de oro*, pues no hemos leído jamás versos mas malos: carecen de armonia, de dulzura, de sensacion, hasta de forma: no hay en la leyenda premiada del Sr. Olloqui—de Viro—ni caracteres, ni pasion, ni patriotismo, ni escena alguna de sentimiento para constituir una *tradicion caballeresca de Galicia*.—De Galicia.—¿Y cómo me premiada como tal, si la ruta de *Calat Anosor* tuvo lugar en *Albafiazor, provincia de Siria*, y á ella tanto concurreieron las huestes de Galicia, como las de Leon, Navarra, Castilla, etc.? La gloria del Picacho del Buitre ó sea *Kalaaten Nosur*, ó *Calat Anosor* como escrib Conde, no es tradicion caballeresca de Galicia, es una tradicion caballeresca española, cuya gloria se debe á Alfonso V de Leon, no á ningun conde gallego.

¿Qué pais! qué paisaje! y qué paisanaje! ó lo que es lo mismo: qué tradiciones de Galicia! qué poetas! y qué jurados!

José Antonio Perez.

(1) «Los callaicos ó gallegos, adoraban principalmente al sol y á la luna.»

DUNHAM, Historia de España.

Que los callaicos adorasen á la luna, lo concebimos bien por ser este astro adoracion de los célticos primitivos; pero si adoraban igualmente al sol ¿de dónde les vino esta adoracion sinó de los griegos colonizadores?

tez blanca cual la azucena
que en sus campos crece altiva;
labios de encendida grana
que al coral dieran envidia;
de oro las hermosas trenzas,
de nácar la frente limpia,
copos de nieve las manos
y claveles las mejillas.
Tal conjunto de bellezas
colocó Dios en Elvira;
la dama más seductora
pero, al par, la más altiva,
que con su menuda planta
dobló flores en Galicia.

II.

Rindió ante tanta belleza
la no doblada rodilla,
Ramiro, el noble más noble
de los nobles de Galicia.
Dejó yacer sus plantas
la espada nunca vencida;
hizo subir á sus ojos
las súplicas escondidas
y pidió amor, olvidando
que en toda su historia limpia,
siempre pedir fué deshonra
para quien manda en las lidias.
Mas el corazón del noble
que en la lucha embravecida
fué de roca y fué de peña
para la queja enemiga,
midió su valor entero
y ante los ojos de Elvira,—
puso á un lado sus proezas
y soñó amorosa vida.

III.

—Ved, Elvira, que mis ojos
solo en los vuestros se miran.
—Mal espejo busca el conde.
—No lo hay mejor en Galicia.
—¿Le habéis acaso buscado?
—Ciego me tienen las niñas
de vuestros ojos.

—Lisonja.

—Yo os lo juro por mi vida.
Bien sabeis que por vos sola,
loco el corazón suspira.

—No le dejéis que se enferme.

—¿Quién, sinó vos, le asesina?
Sin vuestro amor, yo no quiero
glorias, riquezas, ni vida.

—¿Tanto amais?

—¿Qué si amo tanto?

Preguntad, por Dios, Elvira,
si ama la flor en el valle
al aire que la acaricia;
si ama el rayo de la luna
las aguas sobre que oscila

—Sabrán amar.

—Bien se aprende,
queriendo aprender, Elvira.
Dejad á los labios rojos

darme en palabras la dicha.

—Yo les dejo; mas no quieren.

—Mandadles.

—¿Quién les obliga?

—Ved que me muero de amores,
que ese desdén me asesina
y que os suplico y que lloro,
yo, que no lloré en la vida!

—Secad, Ramiro, ese llanto.

—Dejadle, que no me humilla.

—Bien sabeis que no amo á nadie;
bien sabeis que el alma mia
libre está, como en el campo
está libre el avecilla.

No sé amar; pero no quiero
saber, que acaso la vida
fuera, con amor, la noche
y á mi me encantan los dias.

—¿Me desdeñais?

—No os desdeño.

—Pues bien, escuchad, Elvira.

Cuando el sol de la mañana
luzca en la sierra vecina,
partiré; voy á la guerra
en donde todo se olvida.
Y si el fragor del combate
si el jay! que á la muerte inclina,
no logran borrar del pecho
del desdén la hiel vertida;
si sigue este amor quemando
mis entrañas y si fija
vuestra imagen en el alma,
aun allí me martiriza,
yo sabré encontrar la muerte,
ya que me negais la vida.

—Sé que oscurará la ausencia.
Id con Dios.

—¡Adios, Elvira!

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

(Se concluirá.)

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

XIX.

Un rayo de sol en el cómaro.

(Continuacion.)

—Feliz ó desgraciada—repetió suave y delicadamente—no quiero *hablar* con nadie más que con V., señor vizconde!

Hablar en el injenuo lenguaje de aquellas pobres aureanas del Sil, queria decir *amar*,

—Recuerde V, el desgraciado fin de su hermana, Clara!—exclamé como una amenaza contra mi mismo.

—Lo recuerdo... y no me expanta. ¡Qué quiere V., señor vizconde; tal vez sea ese mi sino!

—Tiemble V. ante la murmuracion de las demás aureanas, Clara; de toda la comarca, de todos cuantos la conozcan.

—Y qué!—exclamó levantando la frente hasta la mia y mirándome con indefinible ternura,—¿supondría más para mi, ese desprecio de todos y de todo que el dulce cariño de V? En la balanza de mi corazon, pesa más una mirada de V, que todas las miradas despreciativas que me dirigiera el mundo!

Ah! no pudiendo resistir más, estendí los brazos para estrechar contra mi pecho á la encantadora aureana; pero ella me contuvo azorada y con los ojos fijos en las tapias del cómaro.

Miré para el mismo sitio, y sobre el derruido caballete de aquellas tapias, se dibujaba la cabeza de un jóven aldeano, que cubria un sombrero de paja: su mirada, aunque de léjos, brillaba siniestramente.

—Es Rosendo Merlan, el cazador de Celavente,—me dijo Clara.

—No importa—le contesté—voy á prevenirle que ese espionaje no me acomoda.

Pero al levantarme, desapareció el jóven.

En seguida, sentí una reaccion instantánea en favor de aquel pobre enamorado, compadeciéndole por lo que debía sufrir; pero compareció el doctor en el cómaro y no me volví á acordar más del infeliz.

XX.

El Cazador de Celavente.

Al amanecer del siguiente dia, y al ser trasportado á Fontey en una silla de manos, encontré á Rosendo en la puente Cigarrosa, con su correspondiente escopeta al hombro. No sé porqué tuve desde entónces el fatal presentimiento de que aquel jóven me mataría á mi ó sinó podía conseguirlo, se dispararía un tiro. Hay presentimientos que pudiéramos llamar el vapor de los sucesos de la vida. Gracias á lo fugaces que son, no nos detenemos á analizarlos, ni por lo mismo nos inquietan sinó incidentalmente.

A medida que iba yo llegando á la puente Cigarrosa para atravesar el Sil, y acercándome por consiguiente á aquel jóven aldeano, sentia una repugnancia tan invencible como injustificable; pero viendo que al emparejar con él se descubriese respetuosamente y me saludase con mucha cortesía, se dispó esta prevencion.

—Cualquiera diria—dije al doctor que iba á mi lado—que ese aldeano era un caballero en su modo de saludar.

—No lo extrañe V,—me contestó—porque Rosendo fué estudiante en Compostela.

—¿Y cómo nos sigue sus estudios?

—Por caracter, señor vizconde. Es un caracter indómito. Quiso ser médico, y al ver que tenia que sujetarse para ello á las fórmulas escolásticas, esto es, no aprender como él queria aprender, sinó como los profesores *le quisieran enseñar*,—alma libre como el viento de sus montañas de Celavente, quemó los libros al pié del altar de su escopeta de dos cañones, y caza, y vive feliz con su oficio y su libertad. Porque ha de saber V, señor vizconde, que por lo demás es un jóven intachable.

No quise seguir hablando más de Rosendo. Aquella calificacion de joven intachable en los lábios del doctor, me hiciera daño; pues sentí penetrar en mis entrañas el veneno de los remordimientos.

—Oh!—dije para mi—ella pura y bella, y él un jóven de una conducta intachable, cuan felices serian! Y yo, Dios mio, destruyo esa felicidad, sin poderlo casi remediar!

Y él réproche que me dirigia á mi mismo era tan punzante, que prometí en los senos del alma, olvidar completamente á Clara. Pero ¡ay! como dice el vulgo en su lógica incontrastable: el hombre pone y Dios dispone. Podremos alguna vez dominar nuestras pasiones, pero las más de las veces nos aniquilan, como si obedecieran á causas más poderosas, á esa fatalismo que los árabes sintetizan en esta frase: *estaba escrito*. Si la reflexion bastara á dominar nuestras pasiones, la tierra sería entónces un paraíso. La reflexion podrá contener las pasiones que lo parezcan, jamás las que sean verdaderas, porque al hombre no le es dado trasformar su alma. Disimulará más ó menos sus pasiones, segun su caracter; pero que importa esto, si al fin lo dominarán tanto más cuanto mayores sean las contrariedades de la lucha. Lo único que contrarresta ó más bien estingue las pasiones, es la *facilidad*, es decir, la saciedad ó la carencia de obstáculos: no la reflexion. Se dice que más que la reflexion, la educacion las sofoca; y esto es un error grosero: la educacion modifica las pasiones, pero no las domina: es cuestion de forma, no de fondo.

El problema se estendia ante mi vista aterrador. A mi no me faltaba reflexion ni educacion,—y sin embargo, el amor, la pasion que me empujaba hácia la bella aureana; el deseo de poseerla, de hacerla mia, completamente mia, y tanto más cuanto *que ella cata*, por decirlo así, *madura del árbol*; aquel deseo me desvelaba continuamente. Tal vez si yo fuera soltero y aldeano, no me hubiera hecho impresion alguna la belleza de Clara, tal vez! Por lo mismo que entónces todo seria facil, hacedero, tal vez no me hubiera fijado en ella. Y ahora, por el contrario, cuando todo me era hostil, posicion, estado, todo, la pasion que sentia por ella era superior á las fuerzas de mi alma. Ah! es indudable

que ciertos caracteres, parece que nacemos predestinados á luchar con lo imposible!

Al encontrarme sólo, pero feliz, en mi gabinete de Fontey,—y digo feliz porque al considerar que ya aquellos techos de palacio no cobijaban á Nieves de Villaster, me sentía felicísimo—; al encontrarme, pues, en mi gabinete de Fontey, ya otra imagen se ofrecía á mi memoria al lado de la Clara: la de Rosendo. Su mirada triste pero varonil, parecía tenerla siempre delante desde que el jóven cazador me tuviera el paso en la puente Cigarrosa. La felicidad de aquellos dos seres, que yo interrumpía empujado por la felicidad, me lastimaba; y apelando á la reflexion y á todos los buenos sentimientos de mi alma, me prometía solemnemente contribuir á labrar su dicha más bien que alterarla.

Pasé el primer día bien, paseándome por mi gabinete,—al siguiente, paseándome por las demás habitaciones,—y como la mejoría era mayor cada vez, al cabo de pocos días ya paseaba también sólo por los jardines de palacio.

En estos jardines que caen hácia el mediodía de la hacienda, hay un torreón desde cuyas ventanas se distingue toda la cuenca del Sil, desde Montefurado hasta el valle de Quiroga, y por consiguiente en la lontananza, el esparramado caserío de Encineira, Barrio y Navéa. Continuamente subía yo á él, y miraba hácia aquella parte donde moraba Clara. «Así—me decía—si peco, peco de léjos. Yo no volveré á ver á la bella aureana, al ménos haré lo posible; pero si me consuelo con ver desde aquí á Peña de Foleche, en esto no falto á mi propósito.» —Y esta misma inocencia con que medía mis acciones, lejos de extinguir el deseo de ver á Clara, lo avivaban más,—pues una mañana, no pudiendo resistirlo, iba á bajar del torreón y dirigirme á Peña de Foleche, cuando de pronto, vi que se dirigía hácia el torreón un jóven con una escopeta al hombro. Era Rosendo.

La vista de aquel cazador, me turbaba: me turbaba más que si fuera marido de Clara.

Rosendo se detuvo á pocos pasos del torreón, y hechando mano al sombrero con mucha cortesía, me suplicó si podía escucharle dos palabras.

Al quererle contestar, no sé porqué sentí como lazos de hielo que me sujetaban la lengua; pero reponiéndome de esta impresion angustiosa, le arrojé la llave de la verja.

Rosendo tomó la llave, abrió la verja ó el rastrojo y subió animosamente al torreón.

Pero toda aquella entereza con que se presentaba ante mi, cedió de pronto al encontrarse con la mirada profunda que le dirijí. Entónces volvió á quitarse el sombrero, y dijo algo turbado:

—Lo que tengo que hablar al señor vizconde, es tan singular... que, francamente, no sé como decirselo, temiendo que se enfade; pues Dios sabe que no quisiera enojarle.

Y arrimando á un lado su inseparable escopeta de dos cañones, bajó la vista hácia su sombrero, al que daba vueltas entre las manos como una persona desconcertada.

—Siéntese V;—le dije afablemente.

—Cómo, señor!—prorrumpió—yo sentado y V. de pie!

—Yo me sentaré también,—le dije.

Y me senté.

Entónces él se sentó á su vez enfrente de mi. Hubo algunos momentos más de silencio.

—Señor—dijo al cabo—yo me llamo Rosendo Merlan...

Y volvió á detenerse perplejo.

—He ahí un apellido—dije yo familiarmente para alentarle—que aunque muy gallego, es céltigo puro: *Mer*, mar; *lan*, tierra, ó lo que es lo mismo Merlan ó Mar y tierra.

—Será así como V. dice, señor vizconde;—se atrevió por fin á hablar,—pero de mi apellido hay muchas familias en el país y sin ser parientes unos de otros.

Y ya no dijo más,—volviendo á quedar enteramente callado como si creciera su embarazo.

Entónces, conocí que debía facilitarle modo para espresar cuanto tenía que comunicarme, y le dije:

—El señor Merlan, dirá en lo que puedo servirle y me tendrá pronto á satisfacerle.

—Nómbreme V. mejor Rosendo, como me llaman todos—prorrumpió vivamente—no Señor Merlan; pues yo no soy señor de nada más que de mi escopeta, una choza y unas pocas tierras que pongo á su disposicion, señor vizconde.

Persisto en estos detalles de la conversacion de aquel jóven, porque ellos esculpen su caracter humilde y altivo á la vez, como se verá.

Pues bien, Rosendo,—le dije—¿qué desea V. de mi para servirle?

—Señor, deseo mi felicidad.

Y una lágrima tembló en sus párpados como un grueso diamante.

—¿Y está en mi mano su felicidad de V, Rosendo?

—Está, señor vizconde.

Y las palabras temblaban á la vez en sus lábios, como si fuera á ahogarse por una honda pena que conmoviera aquel organismo vigoroso.

—¿Le pasa á V. alguna desgracia, Rosendo?... Es cuestion de dinero lo que le trae junto á mi?... ¿necesita V. en fin alguna cantidad...?

—Nada de eso, Señor!—exclamó con sobervia—Si eso necesitara, entónces no vendria junto á V!

Y me miró frente á frente, dominando mi mirada con la suya avasalladora en aquel instante.

BENITO VICETTO.

Se continuará).